

# As radiografías dos asubíos

Diego Giráldez

Sempre que vexo un novo cadro de Chelo Rodríguez penso: “Por que non o tería pintado antes?” As súas obras fomentan a intención delirante de parar o tempo. Queres quedar a vivir aí dentro porque a artista abre o seu peito para deixar voar todos os seus corazóns, que son moitos. *Y ella es flama que se eleva. Y es un pájaro a volar.*

Cadeiras e manequíns. En ámbolos dous casos, a flexibilidade da anatomía xoga un papel crucial. Nas obras de Chelo, os pinceis conflúen na intelixencia do surrealismo e a riqueza que proporciona a imaxinación. As cadeiras da artista son brillantes porque están pintadas para que o público sente. Respire. Recorde. Programe. Incluso para que esculpa no seu cerebro que é imposible vivir se non es libre. Por iso, sempre que vexo unha cadeira de Chelo Rodríguez sento a descansar, a recordar o parágrafo dun tango e a convencerme de que hai que voar para non ser nunca superficial.

O poder da anatomía. Os manequíns que entran polo peito, cos rostros baleiros pero con vida. Porque non era posible facer que un manequín vivise en continuo movemento ata que Chelo Rodríguez decidiu usalos como símbolo. Emblemas da súa revolución interior e da liberdade respirada a pleno pulmón.

Unha tarde, no seu estudio, a pintora descubriume unha obra que recolle todo o que comento. Titulouna “A miña cadeira agarda por ti” e representa todo o que Chelo Rodríguez soña antes de trasladarse ao lenzo. É unha obra que, na mostra, xoga o papel de transición. O manequín feminino, cunha postura que a artista foi quen de adaptar maxistralmente ás emocións, solicita algo: unha conversa atractiva, unha despedida tranquila, un paseo. Un adeus pactado para ser libre. Todo o que transmite esta obra está na vida. A vida enteira está nos cadros de Chelo.

As mulleres da pintora son libres con sombreiros libres. Desfáanse pero resisten. Invisten en tentacións. Bailan para resucitar.

A obra de Chelo Rodríguez é trasladable a cada un de nós. Porque é lixeira como a radiografía dos asubíos. Non pesa porque, en canto a contempas, todo o peso queda descargado.

Queden a vivir dentro de calquera das obras aquí expostas por Chelo para sentir a estrana sensación de ser feliz.

## **Las radiografías de los silbidos**

Diego Giráldez

Siempre que veo un nuevo cuadro de Chelo Rodríguez pienso: “¿Por qué no lo habrá pintado antes?”. Sus obras fomentan la intención delirante de parar el tiempo. Quieres quedar a vivir ahí dentro porque la artista abre su pecho para dejar volar todos sus corazones, que son muchos. *Y ella es flama que se eleva. Y es un pájaro a volar.*

Sillas y maniquís. En los dos casos, la flexibilidad de la anatomía juega un papel crucial. En las obras de Chelo, los pinceles confluyen en la inteligencia del surrealismo y la riqueza que proporciona a imaginación. Las sillas de la artista son brillantes porque están pintadas para que el público se siente. Respire. Recuerde. Programe. Incluso para que esculpa en su cerebro que es imposible vivir si no eres libre. Por eso, siempre que veo una silla de Chelo Rodríguez, me siento a descansar, a recordar un párrafo de un tango y a convencerme de que hay que volar para no ser nunca superficial.

El poder de la anatomía. Los maniquís que entran por el pecho, con los rostros vacíos pero con vida. Porque no era posible hacer que un maniquí viviese en continuo movimiento hasta que Chelo Rodríguez decidió usarlos como símbolos. Emblemas de su revolución interior y de la libertad respirada a pleno pulmón.

Una tarde, en su estudio, la pintora me descubrió una obra que recoge todo lo que comento. La tituló “Mi silla espera por ti” y representa todo lo que Chelo Rodríguez sueña antes de trasladarse al lienzo. Es una obra que, en la muestra, juega un papel de transición. El maniquí femenino, con una postura que la artista ha sido capaz de adaptar magistralmente a las emociones,

solicita algo: una conversación atractiva, una despedida tranquila, un paseo. Un adiós pactado para ser libre. Todo lo que transmite esta obra está en la vida. La vida entera está en los cuadros de Chelo.

Las mujeres de la pintora son libres con sombreros libres. Se deshacen pero resisten. Invierten en tentaciones. Bailan para resucitar.

La obra de Chelo Rodríguez es trasladable a cada uno de nosotros. Porque es ligera como la radiografía de los silbidos. No pesa porque, en cuanto la contemplas, todo el peso queda descargado.

Quédense a vivir dentro de cualquiera de las obras aquí expuestas por Chelo para sentir la extraña sensación de ser feliz.